

EL MINISTERIO CULTURAL DE LA UNAM

Gonzalo Celorio
UNAM

Por su historia secular, que se remonta a los tiempos de la Real y Pontificia Universidad de México, fundada en el siglo XVI, a escasos treinta y dos años de la conquista de Tenochtitlan; por las enormes proporciones de su población — cerca de doscientos setenta mil alumnos, de los cuales, en números redondos, ciento veintidós mil cursan estudios de bachillerato, ciento treinta y cinco mil de licenciatura, siete mil de especialidad y seis mil de maestría y doctorado, y cerca de treinta y dos mil profesores, de los cuales cinco mil son de carrera y el resto de asignatura —; por la diversidad de los planes de estudio que ofrece — setenta y seis licenciaturas, ciento veintiséis especialidades, ciento treinta maestrías y cuarenta y cinco doctorados—; por su destacada presencia en los estados del interior de la República y aun fuera del territorio nacional; por su profunda identificación con la sociedad mexicana, a la cual se debe; por su papel protagónico en el conocimiento del país y en su desarrollo socioeconómico y cultural, la Universidad Nacional Autónoma de México es una institución singularmente representativa de nuestra nación. El doctor José Sarukhán considera que ninguna universidad del mundo es al país al que pertenece lo que la UNAM es a México. Y es que en muy alta medida y por razones históricas peculiares a las que aludiremos más adelante, la Universidad Nacional ha sido la responsable de articular y de llevar a cabo el proyecto cultural de nuestro país en este siglo. Efectivamente, es la Universidad Nacional la que ha investigado y descrito la flora y la fauna de México, sus montañas, sus ríos y sus mares; la que ha levantado su cartografía; la que ha estudiado su

historia, sus culturas antiguas, sus lenguas indígenas, su literatura, su patrimonio artístico, sus complejidades sociales; la que ha articulado su sistema jurídico; la que ha resguardado sus más valiosos acervos científicos y bibliográficos; la que ha custodiado muchas y muy importantes de sus instituciones de ciencia y de cultura; la que realiza la mayor parte de la investigación que se hace en el país en todas las áreas del conocimiento y la que ha formado a la mayoría de los profesionales que han creado la nación moderna.

Por lo que se refiere a la cultura y a su difusión, que son el tema de esta charla, la UNAM se distingue de otros modelos universitarios porque tiene como función sustantiva, con la misma jerarquía que la investigación y la docencia, la de difundir cuanto sea posible los beneficios de la cultura. Por este compromiso social, que rebasa sus fronteras y que tiene enorme resonancia extramuros, la Universidad ha incidido de manera sustancial en el desarrollo cultural del país y ha contribuido, acaso como ninguna otra institución, a definir su propia identidad nacional. Por ello, también, ha ejercido en materia cultural un liderazgo que en otros países latinoamericanos está reservado a los ministerios de cultura. Hay que añadir que merced a su autonomía, la Universidad ha podido desempeñar este papel "ministerial" en condiciones de libertad, perfectamente comparables a las que prevalecen en el ejercicio de la cátedra y de la investigación.

Ya desde la Ley Orgánica de 1929, cuando la Universidad Nacional conquista su autonomía, quedó asentada como una de las funciones sustantivas de la institución la de "extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura". Para la UNAM, pues, la difusión cultural no es una actividad tributaria, limitada a su propio campus o a canalizar la creatividad de profesores y estudiantes, como suele ocurrir en otras universidades, sino que es una función sustantiva, que responde al compromiso que la Universidad tiene con la sociedad y que, con las características propias de la institución de donde procede — pluralidad, rigor profesional, liderazgo, libertad de creación y de expresión — repercute en el ámbito nacional.

¿Por qué la Universidad Nacional tiene este cometido que no corresponde a las características que en materia de difusión cultural suelen tener otras universidades? ¿A qué se debe que la UNAM tenga esta suerte de desempeño ministerial y que cuente con las instituciones y con los recursos técnicos, financieros y humanos para cumplirla? ¿Por qué la Universidad tiene en su haber una Orquesta Filarmónica profesional que se cuenta entre las más prestigiosas de México, cuya sede es la mejor sala de conciertos del país, una estación de radio que fue pionera y ha sido modelo de la radiodifusión cultural, una productora de televisión, una filmoteca que constituye el acervo fílmico más importante de América Latina, una empresa teatral que produce más de cincuenta puestas en escena anualmente o una editorial que es de las más grandes del continente y que no se restringe a la publicación de trabajos académicos?

Para aproximarnos a una respuesta, hagamos un poco de historia, aunque sea de manera asaz somera.

La Universidad abre sus puertas con carácter nacional en 1910, cuando regía los destinos del país Porfirio Díaz. A escasos dos meses estalla la Revolución Mexicana, de manera que apenas fundada como institución nacional, bajo una concepción todavía positivista del conocimiento y no exenta de cierta inmovilidad aristocratizante, se ve involucrada en los convulsos problemas sociales que hacen explosión en esos momentos. Muy pronto, en este marco revolucionario, la Universidad asume su condición de gestora del proyecto cultural del país, y representa, en palabras de Vicente Lombardo Toledano, “el sentimiento humanista de la Revolución Mexicana”¹.

El tránsito de una institución porfirista a una institución revolucionaria, comprometida con la cultural nacional, se da gracias a la espléndida generación de humanistas agrupados en el Ateneo de la Juventud e íntimamente vinculados con la Universidad. Sus nombres son piedras fundacionales de nuestra cultura moderna: Alfonso Reyes, Antonio Caso, Alfonso Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Manuel M. Ponce, Enrique González Martínez, y muy señaladamente, José Vasconcelos. Esta generación participa intensamente de la vida intelectual de la Escuela Nacional Preparatoria, combate los excesos positivistas de Gabino Barreda, su fundador, y con vivo entusiasmo y con singular espíritu crítico ve renacer la Universidad.

Los ateneístas hicieron de la cultura una profesión de fe y la consideraron como la salvación nacional. Entre el influjo revolucionario — del que fueron precursores y luego testigos — y sus aspiraciones clásicas y universalistas, vieron en la cultura la unificación nacional. “Los educadores no deben ignorar — decía Alfonso Reyes — que la lectura de Virgilio cultiva, para todos los pueblos, el espíritu nacional”².

El Ateneo de la Juventud promovió revistas, exposiciones de pintura, homenajes, donde sentaba su posición intelectual y se manifestaba por la libertad artística; organizó la Sociedad de Conferencias, que cumplía las primigenias funciones de extensión universitaria; difundió a los clásicos y libró muchas batallas filosóficas y literarias contra el *ancien régime*. “En el orden teórico — dice Reyes — no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución”³.

El verdadero fundador del proyecto cultural mexicano es, sin duda, José Vasconcelos. Su discurso de toma de posesión como rector de la Universidad en 1920 es una declaración de principios y una severa crítica al estado de cosas que prevalecía en una institución que en buena medida seguía respondiendo al antiguo orden de cosas: “La Revolución — señaló entonces — ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios”⁴.

Al calor de este “entusiasmo humanitario”, Vasconcelos sentó las bases de un proyecto de cultura nacional, emanado directamente de la Revolución,

que apelaba a los “sabios” para retribuir al pueblo.

Es cierto que, en su condición de primer secretario de Educación Pública, el objetivo principal de Vasconcelos fue la educación elemental. Pero es cierto también que siempre le atribuyó a la Universidad una responsabilidad mayúscula en la tarea de la evangelización cultural. La extensión universitaria nace con él como el compromiso social de la Universidad de difundir los bienes culturales en la población mexicana. En un texto llamado *De Robinson a Odiseo. La Universidad*, queda clara la visión redentora que Vasconcelos tenía de la cultura:

Puede no atinar la Universidad ni en su doctrina social ni en el punto de vista filosófico; todo se lo hará perdonar, sin embargo, si a la rutina de la enseñanza profesional añade buenos servicios de extensión del saber medio y una sincera colaboración en el estudio de los problemas que afectan a la vida de la colectividad en que se opera⁵.

El fervor vasconcelista logró impulsar un movimiento cultural que ha carecido de parangón en nuestro siglo mexicano. A partir de los veinte, una generación brillantísima de escritores y artistas renovaron el arte nacional congregados por este afán mesiánico, algunos verdaderamente convencidos de sus postulados, como los iniciadores de la pintura mural mexicana, y otros amparados bajo su tutela, aunque tomando distancia crítica de su ímpetu revolucionario, como algunos de los escritores de la generación de Contemporáneos.

La Universidad juega entonces un papel central, porque desde el principio se ve en ella el espacio garante de las libertades intelectuales y se le atribuye la condición de depositaria de los mejores logros del espíritu.

Un hito fundamental en las tareas de difusión fue la publicación de la serie de clásicos de la literatura universal traducidos al español, cuando los Talleres Gráficos de la Nación pasaron por un tiempo a la Universidad por decisión del Ejecutivo. La ya célebre colección incluía títulos fundamentales de la literatura universal, con enormes tirajes y con una magnífica distribución que alcanzó todo el país.

El proyecto de Vasconcelos fue el germen del ulterior desarrollo de la cultura universitaria, que, con las fluctuaciones predecibles, se fue convirtiendo verdaderamente en un proyecto nacional de cultura.

Durante los años de institucionalización de la Revolución Mexicana, la Universidad va haciéndose de diversas instituciones científicas y culturales y de bienes patrimoniales que la irán convirtiendo en la institución cultural por antonomasia de nuestro país. Efectivamente, a lo largo de esos años, a la Universidad se van agregando acervos e institutos de investigación, museos y monumentos artísticos. A pesar de que los vaivenes políticos pusieron en crisis en alguna época su carácter nacional y la aislaron de la dinámica institucional posrevolucionaria, no hubo un organismo cultural ni educativo que pudiera

competir con la magnitud de las responsabilidades atribuidas a la Universidad Nacional. Así, el Museo de Historia Natural, el Museo de Geología, la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales, el Observatorio Astronómico, el Herbario Nacional, entre otras instituciones, pasan a formar parte de nuestra Casa de Estudios, lo que, amén de enriquecerla, le permitió ampliar sus atribuciones y multiplicar sus campos de estudios.

Durante años la Universidad es vista con cierto recelo por los regímenes posrevolucionarios. Un capítulo importante en la historia de esta relación ríspida fue la discusión entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, que oponían la libertad de cátedra contra la educación socialista. El triunfo inicial de esta última posición originó un movimiento estudiantil que condujo a la consagración de la libertad de cátedra como esencia de la vida universitaria. El distanciamiento quedó sellado más tarde con la crítica que Lázaro Cárdenas hizo de la Universidad cuando afirmó que ésta “se ha colocado por su propia voluntad en un plano de indiferencia respecto al programa social de la Revolución”⁶.

La rectoría de Luis Chico Goerne buscó imprimir a la vida académica una auténtica orientación social sin menoscabo de la libertad de cátedra, modificó el sentido de la investigación, la enseñanza y la extensión para ponerlas al servicio de la sociedad, superando los esquemas individualistas. Estas son palabras suyas:

Así, bajo la dirección de profesores y jefes de instituto, los estudiantes y catedráticos de Ingeniería, en el caso supuesto del ejido, irán a trazar camino; a construir presas, a buscar las corrientes del subsuelo, a abrir pozos, a instalar maquinaria; los de Medicina irán a cuidar del campesino y del niño en la choza; los de Derecho irán a organizar la defensa y la elevación jurídica del ejidatario; los de Economía irán a construir cooperativas, a dirigir la producción o la distribución; los de Comercio irán a señalar o establecer mercados; los de Artes Plásticas a enseñar nuevas técnicas; los de Arquitectura a construir las humildes moradas, los pequeños monumentos; los de Música a llevar sus conjuntos clásicos a tocar bajo el sol y al campo abierto, a respirar el aire libre y a buscar con él, para entregarla más tarde tecnificada al mundo, la melodía auténtica de un pueblo que ha sufrido tanto. La Universidad en suma, se entregará no sólo con riqueza ideológica que es la ciencia, sino con su riqueza más valiosa que son sus hombres mismos, su juventud, a la vida real, a la vida doliente de los desvalidos...⁷

Con tal ideario, no es fortuito que durante su rectorado se fundaran algunas de las más importantes instituciones culturales de nuestra Casa de Estudios, entre ellas, de modo destacado, la Imprenta Universitaria en 1935, y, en 1937, Radio UNAM, modelo de muchos de los proyectos de difusión cultural de nuestro país. Para iluminar el sentido con que nace la estación conviene citar las palabras de su fundador, Alejandro Gómez Arias:

La Universidad hace oír nuevamente su voz de siglos, la labor de su cuerpo colegiado, de sus médicos, de sus abogados, de sus ingenieros, de todos sus catedráticos, de los que sirven al país, del que la Universidad es esperanza y quiere ser ejemplo⁸.

En 1946 se funda la *Revista de la Universidad*, que a lo largo de su historia, y especialmente bajo la dirección de Jaime García Terrés, ha sido expositora privilegiada de las letras mexicanas y latinoamericanas.

La conciliación entre la Universidad y el Estado se dará a partir de la gestión del Presidente Manuel Avila Camacho, cuando se abandonan muchas de las posturas socializantes del régimen. Con la Ley Orgánica de 1945 y el excepcional apoyo financiero y político que el Estado le prestó en los años siguientes, la UNAM recuperó su posición privilegiada de coronamiento del sistema educativo nacional. Durante el gobierno universitario, por tipificar de algún modo al de Miguel Alemán, esta condición alcanzó su momento culminante con la decisión oficial de construir la Ciudad Universitaria.

Con el traslado de la Universidad a sus nuevas instalaciones en el sur de la ciudad, hace precisamente cuarenta años, comienza lo que Gilberto Guevara Niebla llama la "época dorada" de la UNAM. La difusión cultural en unos cuantos años se convierte en el seno de un movimiento renovador que rebasa con mucho el campus universitario y que promueve e irradia los hallazgos y las actitudes de la vanguardia artística de nuestro país.

Escribe al respecto Carlos Monsiváis:

El abandono del Centro Histórico y el traslado a Ciudad Universitaria es a su modo un salto conceptual que en menos de una década modifica radicalmente la idea de lo universitario [...] Gracias al nuevo entorno (la arquitectura que glorifica la modernidad, la sociedad que ya independiza a la juventud universitaria en sus antiguos deberes de formalidad), el ámbito de difusión cultural de la UNAM es, durante una década, y con energía extraordinaria, la vanguardia de las transformaciones artísticas y del cambio del papel socialmente atribuido a la cultura. Desde la UNAM, no con este término pero de manera vehemente, se adopta religiosamente la cultura (una mística con beatitudes pero sin flagelaciones. Entre los librereros anda el Señor), y en primera y en última instancia, el mensaje alcanza a los propios universitarios⁹.

Monsiváis describe el carácter que adquiere la difusión cultural universitaria como una vocación que se convierte en ánimo generacional, en ambiente social que permea las iniciativas culturales de toda la sociedad mexicana. Los sesenta presencian la renovación de nuestra pintura, de nuestra escena, de la literatura y de la poesía, que los jóvenes creadores, con audacia libérrima, emprenden entre actitudes provocadoras y refrescantes.

En 1959 se había fundado la Casa del Lago, principal centro cultural de su tipo en América Latina, que junto con Radio UNAM serán los congregadores

y voceros de la nueva cultura mexicana. Nombres como José Luis Ibáñez, Héctor Mendoza, Juan José Arreola, Juan José Gurrola, Leonora Carrington, Juan Soriano y Octavio Paz están indisolublemente ligados a esta etapa espléndida. Son los años también de *Poesía en voz alta*, de los *happenings* de Alejandro Jodorowsky, de las rupturas con la Escuela Mexicana de Pintura, de la multiplicación de los cineclubes, etc.

Continúa Mosiváis su descripción de las actividades de Difusión Cultural en los sesenta, que crearon un ambiente de libertad juvenil donde germinó el espíritu libertario y crítico del movimiento estudiantil de 1968:

Difusión cultural de la UNAM es, en el período de García Terrés, algo equivalente al territorio libre en el México reprimido y represor de entonces, un espacio relativo, pero significativamente exceptuado de la censura y regido por criterios contemporáneos, lo que contrasta con los espacios culturales del Estado, muy nacionalistas, atenidos a valores inmóviles o meramente mitológicos que sacralizan al gobierno en turno, rechazan cualquier disidencia y prodigan la censura. No es exagerado decir que antes de la explosión de la industria cultural, la UNAM es el mayor espacio formativo del público nuevo, donde se combinan experimentación y conocimiento crítico.¹⁰

Todo parece indicar que el país, por medio de la Universidad, había nacido a una nueva dinámica cultural que tomaba distancia del Estado y permitía la creación autónoma.

Luis Echeverría multiplicó los apoyos estatales a la cultura y a la educación. Guillermo Soberón supo aprovechar las nuevas relaciones con el Estado y forjar la concepción de la difusión cultural tal y como la entendemos ahora, con una amplitud y unos recursos humanos e infraestructurales que la convirtieron verdaderamente, y no sólo en la letra, en una de las áreas sustantivas de la Universidad. Durante su gestión se construyó en terrenos de la UNAM el Centro Cultural Universitario que cuenta con los mejores foros para música, teatro, danza y cine de nuestro país. En ese lugar, proyectado por excelentes arquitectos universitarios con el concurso de los más notables escultores mexicanos, se lleva a cabo un festival artístico permanente. En él, se presentan las mejores manifestaciones artísticas producidas por la Universidad y se dan cabida a otras producciones nacionales e internacionales de alta calidad.

Además de administrar el Centro Cultural Universitario, la Coordinación de Difusión Cultural es la entidad responsable de desarrollar el proyecto cultural de la institución con la responsabilidad que le confieren la larga historia que he descrito sucintamente y el carácter sustantivo de esta función. Cuenta para ello con una serie de dependencias que me limito a enumerar: *Radio UNAM*, *TV UNAM*, *Actividades Musicales*, que tiene bajo su responsabilidad a la Orquesta Filarmónica de la UNAM, *Actividades Cinematográficas*, que administra la Filmoteca de la UNAM, el acervo fílmico más importante de América Latina; *Teatro y Danza*, que nutre a más de 15 espacios escénicos; *Literatura*, que se

responsabiliza del proyecto editorial de la UNAM en materia literaria, y la Casa del Lago y el Museo Universitario del Chopo, que son centros de difusión cultural fuera del campus universitario y que desarrollan programas multidisciplinarios en estrecha relación con las comunidades en las que se ubican. Adscritos a Difusión Cultural también están cinco centros de extensión, a saber: el *Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras*, en el que se imparten cursos para el aprendizaje de 14 lenguas; el *Centro de Enseñanza para Extranjeros*, que recibe a estudiantes provenientes de todas partes del mundo y que tiene una sucursal en Taxco, Guerrero, y otra en San Antonio, Texas, desde hace cincuenta años; el *Centro Universitario de Estudios Cinematográficos*, que fue la primera escuela de cine del país y la única durante muchos años; el *Centro Universitario de Teatro* y el *Centro de Investigación y Servicios Museológicos*.

Con esta amplitud de instituciones y de recursos humanos y físicos, la Universidad sigue desempeñando en nuestros días una función ministerial en lo que hace a la difusión de la cultura.

Por ser Universidad, por ser Nacional, por ser Autónoma y por ser de México, la UNAM es un espacio privilegiado para la difusión cultural: en ella se admite la pluralidad, se busca la excelencia, se garantiza la libertad de expresión, tan importante como la libertad de cátedra y de investigación; se ejerce el liderazgo nacionalmente y se contribuye al desarrollo cultural de nuestro país.

NOTAS

1 Vicente Lombardo Toledano, *Obra educativa*, Tomo I, Textos de Humanidades, Col. Educadores mexicanos, UNAM, 1987, p. 157.

2 Alfonso Reyes, *Universidad, política y pueblo*, Textos de Humanidades, Col. Educadores mexicanos, UNAM, 1987, p. 14.

3 *Ibidem*, p. 108.

4 José Vasconcelos, *José Vasconcelos y la Universidad*, Introducción y selección de Alvaro Matute, Textos de Humanidades, Col. Educadores mexicanos, UNAM, 1987, p. 60.

5 José Vasconcelos, "De Robinson a Odiseo. La Universidad", en *José Vasconcelos y la Universidad*, p. 201.

6 Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México.

7 Luis Chico Goerne, *La universidad y la inquietud de nuestro tiempo*, México, 1937.

8 *Gaceta UNAM*, suplemento especial conmemoración del 50 aniversario de Radio UNAM, 11 de junio 1987.

9 Carlos Monsiváis, "Extensión y difusión de la cultura" en *Cuadernos del Congreso Universitario*, núm 18, 25 de enero de 1990. Conferencias temáticas, p. 10.

10 *Ibidem*, p. 11.